

ECONOMISTAS

LA UTILIZACIÓN DEL CONOCIMIENTO EN LA SOCIEDAD*

F. A. Hayek**

El rasgo peculiar del problema del orden económico racional viene determinado precisamente por el hecho de que el conocimiento de las circunstancias que debemos utilizar no existe nunca en forma concentrada o integrada, sino únicamente en forma de fragmentos dispersos de conocimiento incompleto y frecuentemente contradictorio que poseen todos los individuos por separado. Por lo tanto, el problema económico de la sociedad no es meramente un problema de cómo asignar recursos "dados" –si "dados" se entiende en el sentido de datos a una única mente que resuelve de forma deliberada el problema planteado por estos "datos"–. Es más bien el problema de cómo garantizar la mejor utilización de los recursos conocidos por cualesquiera miembros de la sociedad, para fines cuya importancia relativa sólo conocen dichos individuos. O, dicho brevemente, es el problema de la utilización del conocimiento que no es dado a nadie en su totalidad.

Key words: Hayek, conocimiento, orden económico racional, planificación central, sistema de precios, mecanismo, información.

I

¿Cuál es el problema que deseamos resolver cuando tratamos de construir un orden económico racional?

Bajo ciertos supuestos conocidos la respuesta es bastante sencilla. Si poseemos toda la información relevante, si podemos arrancar desde

(*) © American Economic Association (<http://www.aeaweb.org>). La versión original de este artículo, titulada "The use of knowledge in society", se publicó en *The American Economic Review* (vol. 35, nº 4, septiembre de 1945, pp. 519-530). La presente traducción se publica en *Revista Asturiana de Economía* con la autorización de la American Economic Association. La traducción ha sido realizada por Mario Piñera.

(**) Catedrático Tooke de economía política y estadística en la Universidad de Londres (London School of Economics and Political Science).

un determinado sistema de preferencias, y *si* contamos con información completa sobre los medios disponibles, el problema pendiente es puramente de lógica. Esto es, la respuesta a la pregunta respecto a cuál es la mejor utilización de los medios disponibles está implícita en nuestros supuestos. Las condiciones que la solución de este problema de optimización debe cumplir han sido determinadas totalmente y se pueden expresar mejor en forma matemática: expuestas de la forma más breve, son que las relaciones marginales de sustitución entre cualesquiera dos bienes o factores deben ser las mismas en todas sus diferentes utilizaciones.

Sin embargo, rotundamente, este *no* es el problema económico al que se enfrenta la sociedad. Y el cálculo económico que hemos desarrollado para resolver este problema lógico, si bien es un paso importante hacia la solución del problema económico de la sociedad, no proporciona todavía una respuesta al mismo. La causa es que los "datos" de la sociedad en su conjunto de los que parte el cálculo económico nunca están "dados" para una mente individual que pueda desarrollar las implicaciones y nunca se le pueden dar de esa forma.

El rasgo peculiar del problema del orden económico racional viene determinado precisamente por el hecho de que el conocimiento de las circunstancias que debemos utilizar no existe nunca en forma concentrada o integrada, sino únicamente en forma de fragmentos dispersos de conocimiento incompleto y frecuentemente contradictorio que poseen todos los individuos por separado. Por lo tanto, el problema económico de la sociedad no es meramente un problema de cómo asignar recursos "dados" –si "dados" se entiende en el sentido de dados a una única mente que resuelve de forma deliberada el problema planteado por estos "datos"–. Es más bien el problema de cómo garantizar la mejor utilización de los recursos conocidos por cualesquiera miembros de la sociedad, para fines cuya importancia relativa sólo conocen dichos individuos. O, dicho brevemente, es el problema de la utilización del conocimiento que no es dado a nadie en su totalidad.

Me temo que este rasgo del problema fundamental ha sido oscurecido más que iluminado por muchos de los refinamientos recientes de la teoría económica, particularmente por muchas de las utilidades que se han hecho de las matemáticas. A pesar de que el problema que deseo tratar principalmente en este artículo es el de la organización económica racional, a lo largo del mismo me veré obligado a señalar una y otra vez sus estrechas relaciones con ciertas cuestiones metodológicas. Muchas de las observaciones que deseo hacer son en realidad conclusiones hacia las cuales han convergido de forma inesperada diversas líneas de razonamiento. Tal como veo ahora estos problemas, esto no es una casualidad. Me parece que muchas de las controversias actuales respecto tanto a la teoría económica como a la política económica tienen su origen común en un error respecto a la naturaleza del problema económico de la sociedad. A su vez, este error se debe a una transferencia errónea a los fenómenos sociales de los hábitos de pensamiento que hemos desarrollado al ocuparnos de los fenómenos de la naturaleza.

II

En el lenguaje corriente describimos con el término “planificación” al conjunto de decisiones interrelacionadas respecto a la asignación de nuestros recursos disponibles. En este sentido, toda la actividad económica es planificación; y en toda sociedad en la que colabore mucha gente, esta planificación, quienquiera que la realice, tendrá que basarse en alguna medida en conocimiento que, en primer lugar, no está dado al planificador sino a otras personas, conocimiento que de alguna forma tiene que ser transmitido al planificador. El problema crucial para cualquier teoría que explique el proceso económico es el de las diferentes vías a través de las cuales se transmite a la gente el conocimiento en el que basan sus planes, y el problema de cuál es la mejor vía para utilizar el conocimiento inicialmente disperso entre toda la gente es al menos uno de los principales problemas de la política económica –o del diseño de un sistema económico eficiente.

La respuesta a esta pregunta está estrechamente relacionada con la otra pregunta que surge aquí, cual es *¿quién* realizará la planificación? Todos los debates respecto a la “planificación económica” se centran en torno a esta pregunta. No es un debate respecto a si debe realizarse o no planificación. Es un debate respecto a si la planificación se debe realizar centralizadamente, por una autoridad para el sistema económico en su conjunto, o si se debe dividir entre muchos individuos. La planificación, en el sentido específico en el que se utiliza el término en la controversia contemporánea, significa necesariamente planificación central –dirección del sistema económico en su conjunto de acuerdo con un plan unificado. Por otra parte, competencia significa planificación descentralizada realizada por separado por muchas personas. El punto medio entre ambos, sobre el que habla mucha gente pero que a pocos gusta cuando lo ven, es la delegación de la planificación a los sectores organizados o, en otras palabras, el monopolio.

La respuesta a la pregunta respecto a cuál de estos sistemas es probable que sea más eficiente depende fundamentalmente de la que demos a la pregunta respecto a cuál de ellos podemos esperar que realice una utilización más completa del conocimiento existente. Y, a su vez, esta depende de si es más probable que tengamos éxito poniendo a disposición de una única autoridad central todo el conocimiento que debe ser utilizado, pero que inicialmente está diseminado entre muchos individuos, o transmitiendo a los individuos el conocimiento adicional que precisan para poder cuadrar sus planes con los de los demás.

III

Respecto a este punto, es evidente que la posición variará en función de los diferentes tipos de conocimiento; y, por lo tanto, la respuesta a nuestra pregunta vendrá determinada en gran parte por la importancia relativa de los diferentes tipos de conocimiento; aquellos que es más probable que estén a disposición de los individuos particulares y aquellos

que deberíamos esperar encontrar con mayor seguridad en poder de una autoridad formada por expertos seleccionados adecuadamente. El que en la actualidad se asuma tan ampliamente que los últimos estarán en una mejor posición se debe a que un tipo de conocimiento, concretamente el conocimiento científico, ocupa ahora un lugar tan destacado en el interés del público que tendemos a olvidar que no es el único tipo que es relevante. Se puede admitir que, en lo que respecta al conocimiento científico, un conjunto de expertos seleccionados adecuadamente puede estar en la mejor posición para dominar todo el mejor conocimiento disponible —aunque, por supuesto, esto sólo sea trasladar la dificultad al problema de seleccionar los expertos. Lo que deseo señalar es que, incluso suponiendo que este problema se puede resolver fácilmente, es solamente una pequeña parte de uno más amplio.

En la actualidad es casi una herejía el proponer que el conocimiento científico no es la suma de todo el conocimiento. No obstante, una pequeña reflexión mostrará, sin lugar a dudas, que hay un conjunto de conocimientos muy importante pero no organizado que posiblemente no se puede llamar científico en el sentido de conocimiento de reglas generales: el conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y lugar. Respecto a este conocimiento, prácticamente todo individuo tiene alguna ventaja sobre todos los demás, debido a que posee información exclusiva que se podría utilizar beneficiosamente, pero que sólo se podrá utilizar si las decisiones relacionadas con la misma se dejan en manos del individuo o se realizan con su cooperación activa. Baste con recordar lo mucho que tenemos que aprender en cualquier ocupación después de que hemos completado nuestra capacitación teórica, lo grande que es la parte de nuestra vida laboral que pasamos aprendiendo tareas concretas, y lo valioso que es, en todos los ámbitos de la vida, el activo relacionado con el conocimiento de la gente, de las condiciones locales, y de las circunstancias particulares. Conocer y hacer que funcione una máquina que no se está utilizando a pleno rendimiento, o las capacidades de alguien que se podrían utilizar mejor, o darse cuenta de que hay un excedente de existencias que se puede poner en circulación durante una interrupción de los suministros, es socialmente tan útil como el conocimiento de mejores técnicas alternativas. Y el armador que se gana la vida utilizando viajes de barcos de otra manera vacíos o a media carga, o el agente inmobiliario cuyo conocimiento se reduce casi exclusivamente a oportunidades temporales, o el *arbitrageur* cuyas ganancias se derivan de las diferencias locales de los precios de las mercancías, todos ellos desempeñan funciones útiles basadas en un conocimiento particular de las circunstancias de un momento efímero que no tienen los demás.

Es un hecho curioso el que hoy en día esta clase de conocimiento se considere con un cierto desprecio y que se crea que alguien se ha comportado de una forma casi vergonzosa cuando, debido a dicho conocimiento, obtiene una ventaja sobre otro mejor equipado respecto al conocimiento teórico o técnico. El obtener una ventaja del mejor conocimiento de los servicios de comunicación o transporte se considera a veces como algo poco menos que indecente, a pesar de que para la sociedad es tan importante utilizar las mejores oportunidades a este respecto como utilizar los últimos descubrimientos científicos. Este prejuicio ha

afectado en una medida considerable a la actitud respecto el comercio en general, comparado con la existente respecto a la producción. Incluso los economistas que se consideran totalmente inmunes frente a las falacias del burdo materialismo del pasado cometen constantemente el mismo error en lo que respecta a las actividades encaminadas hacia la adquisición de tal conocimiento práctico –aparentemente porque en su visión de las cosas se supone que todo este conocimiento está “dado”–. La idea común hoy en día parece ser que todo este conocimiento debería estar fácilmente a disposición de todos, y el reproche de irracionalidad que se lanza contra el orden económico existente se basa a menudo en el hecho de que no está tan disponible. Esta visión de las cosas no tiene en cuenta el hecho de que el problema para el que tenemos que encontrar una respuesta es precisamente el relacionado con el método mediante el cual dicho conocimiento puede hacerse disponible tan ampliamente como sea posible.

IV

El que hoy en día esté de moda el minimizar la importancia del conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y lugar está estrechamente relacionado con la menor importancia que se da al cambio en cuanto tal. Realmente, hay pocos puntos en los que los supuestos realizados (por lo general sólo implícitamente) por los “planificadores” difieren tanto de los de sus oponentes como en lo que respecta a la importancia y frecuencia de los cambios que obligan a realizar modificaciones sustanciales de los planes de producción. Por supuesto, si se pudieran establecer por adelantado planes económicos detallados para períodos bastante largos y se pudieran cumplir rigurosamente, de tal manera que no fuera necesario tomar posteriormente decisiones económicas de importancia, la tarea correspondiente a la realización de un plan exhaustivo que gobernara toda la actividad económica sería mucho menos ingente.

Quizás merezca la pena hacer hincapié en que los problemas económicos surgen siempre y únicamente como consecuencia del cambio. Mientras las cosas continúan como antes, o al menos como se esperaba que fueran, no surgen problemas nuevos que requieran una decisión, no hay necesidad de establecer un plan nuevo. La creencia de que los cambios, o al menos los ajustes cotidianos, se han vuelto menos importantes en la tiempos modernos supone la opinión de que los problemas económicos se han vuelto también menos importantes. Por esta razón, esta creencia en la importancia decreciente del cambio es mantenida en general por la misma gente que sostiene que la importancia de las consideraciones económicas ha pasado a un segundo plano por la creciente importancia del conocimiento tecnológico.

¿Será cierto que, con el complejo aparato de la producción moderna, sólo se precisan decisiones económicas en largos intervalos, como cuando se va a levantar una nueva fábrica o se va a introducir un nuevo proceso? ¿Será verdad que, una vez que la planta ha sido construida, todo lo

demás es más o menos mecánico, determinado por el carácter de la misma, y que hay poco que se pueda cambiar para adaptarse a las circunstancias siempre cambiantes del momento?

La muy extendida creencia respecto a que la respuesta es afirmativa no es confirmada, en lo que yo he podido determinar, por la experiencia práctica de los hombres de negocios. Al menos en sectores competitivos –y sólo tales sectores pueden servir a la hora de realizar una prueba– la tarea de evitar que los costes aumenten exige una lucha constante, que absorbe una gran parte de la energía del administrador. La facilidad con la que un administrador ineficiente dilapida los diferenciales en los que descansa la rentabilidad, y que es posible, con los mismos medios técnicos, producir con una gran variedad de costes, son lugares comunes en la experiencia de los hombres de negocios, pero no parece que sean igual de conocidos en el estudio del economista. La misma intensidad del deseo, expresado constantemente por productores e ingenieros, respecto a que se les permita avanzar libres de las ataduras relacionadas con las consideraciones correspondientes a los costes monetarios, es un testimonio elocuente de la amplitud con la que estos factores se presentan en su trabajo diario.

Una razón por la que los economistas tienden a olvidarse de los constantes cambios pequeños que forman el cuadro económico general es probablemente su cada vez mayor preocupación por los agregados estadísticos, los cuales muestran mucha mayor estabilidad que los movimientos del detalle. Sin embargo, la relativa estabilidad de los agregados no puede explicarse –como a veces los estadísticos parecen estar inclinados a hacer– por la “ley de los grandes números” o la compensación mutua de cambios aleatorios. El número de elementos con los que tenemos que tratar no es lo suficientemente grande como para que dichas fuerzas accidentales produzcan estabilidad. El flujo continuo de bienes y servicios se mantiene mediante ajustes deliberados constantes, mediante nuevas disposiciones tomadas cada día a la luz de circunstancias no conocidas el día anterior, por la intervención inmediata de *B* cuando *A* fracasa a la hora de cumplir. Incluso la planta grande y muy mecanizada se mantiene en funcionamiento en gran parte a causa de un entorno con el que puede satisfacer todo tipo de necesidades imprevistas; tejas para su tejado, papel para sus formularios, y todos los mil y un tipos de equipamiento en los que no puede ser autosuficiente y que los planes para el funcionamiento de la planta exigen que estén disponibles fácilmente en el mercado.

Este es, quizás, también el momento en el que debería mencionar brevemente el hecho de que el tipo de conocimiento del que me he venido ocupando no puede, por su naturaleza, incluirse en las estadísticas y, por lo tanto, no puede transmitirse a ninguna autoridad central en forma estadística. A las estadísticas que tal autoridad central tendría que utilizar se llegaría precisamente haciendo abstracción de las diferencias menores entre las cosas, agrupando, como recursos de una misma clase, elementos que difieren respecto a la localización, la calidad, y otros detalles, en una forma que puede ser muy importante para la decisión específica. De esto se deduce que la planificación central basada en la información esta-

dística no puede, por su naturaleza, hacerse cargo directamente de estas circunstancias de tiempo y lugar, y que el planificador central tendrá que encontrar alguna fórmula para que las decisiones que dependan de ellas se puedan dejar al "hombre que está en el terreno".

V

Si aceptamos que el problema económico de la sociedad es, fundamentalmente, el de la rápida adaptación a los cambios en las circunstancias particulares de tiempo y lugar, de ello parece que se deduce que la decisión final debe ser dejada a la gente que está familiarizada con estas circunstancias, a quienes tienen un conocimiento directo de los cambios relevantes y de los recursos disponibles inmediatamente para satisfacerlos. No podemos esperar que este problema se resolverá, en primer lugar, transmitiendo todo este conocimiento a una junta central, la cual, tras integrar *todo* el conocimiento, dictará sus órdenes. Debemos resolverlo mediante alguna forma de descentralización. Pero esto sólo responde a parte de nuestro problema. Necesitamos la descentralización porque sólo de esa manera podemos asegurar que el conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y lugar será utilizado rápidamente. Pero el "hombre que está en el terreno" no puede decidir exclusivamente sobre la base de su conocimiento limitado aunque profundo de los hechos de su entorno inmediato. Aún queda el problema de transmitirle la información adicional que necesita para ajustar sus decisiones dentro del patrón general de cambios del sistema económico en su conjunto.

¿Cuánto conocimiento necesita para hacerlo satisfactoriamente?
 ¿Cuáles de los acontecimientos que ocurren más allá del horizonte de su conocimiento inmediato son relevantes para su decisión inmediata, y cuánto precisa saber acerca de ellos?

Casi no hay nada que ocurra en el entorno que no *podiera* afectar a la decisión que debe tomar. Pero no precisa conocer estos acontecimientos en sí mismos, ni tampoco *todos* sus efectos. No le interesa saber *por qué* en un determinado momento se precisan más tornillos de un tamaño que de otro, *por qué* se consiguen más fácilmente las bolsas de papel que las de tela, *por qué* el trabajo cualificado, o alguna máquina herramienta concreta, se obtiene más difícilmente en un determinado momento. Lo único que es importante para él es *lo más o menos* difícil que se ha vuelto el hacerse con ellas en comparación con otras cosas que también le interesan, o la mayor o menor urgencia con la que se necesitan las cosas alternativas que produce o utiliza. Se trata siempre del problema de la importancia relativa de las cosas particulares que le interesan, y las causas que modifican su importancia relativa no le interesan más allá de su efecto sobre esas cosas concretas de su propio entorno.

A este respecto, lo que he denominado el "cálculo económico" nos ayuda, al menos por analogía, a ver cómo se puede resolver este problema, y de hecho se está resolviendo, con el sistema de precios. Inclu-

so la única mente controladora, en posesión de todos los datos de un pequeño sistema económico independiente, no podría –cada vez que hubiera que realizar pequeños ajustes en la asignación de los recursos– revisar explícitamente todas las relaciones entre los fines y los medios que pudieran verse afectadas. Realmente, la gran contribución de la lógica pura de la elección es que ha demostrado de manera concluyente que incluso dicha mente única sólo podría resolver este tipo de problemas construyendo y utilizando constantemente relaciones de equivalencia (o “valores”, o “relaciones marginales de sustitución”), *i.e.*, asignando a cada tipo de recurso escaso un índice numérico que no puede derivarse de ninguna propiedad poseída por dicha cosa particular, pero que refleja, o en la cual se condensa, su importancia a la vista de toda la estructura de medios-fines. En cualquier pequeño cambio tendrá que considerar sólo estos índices (o “valores”) en los que se concentra toda la información relevante; y, ajustando las cantidades una por una, puede reordenar adecuadamente sus disposiciones sin tener que resolver todo el rompecabezas *ab initio* o sin tener que revisarlo en cada etapa en todas sus ramificaciones a la vez.

En esencia, en un sistema en el que el conocimiento de los hechos relevantes está diseminado entre mucha gente, los precios pueden coordinar las acciones realizadas por separado por personas diferentes, de la misma manera que los valores subjetivos ayudan al individuo a coordinar las partes de su plan. Merece la pena considerar durante un momento un ejemplo muy sencillo y corriente de la acción del sistema de precios para ver lo que realiza exactamente. Supongamos que en algún lugar del mundo ha surgido una nueva oportunidad para la utilización de alguna materia prima, por ejemplo, el estaño, o que se ha eliminado una de las fuentes de la oferta de la misma. Para nuestro propósito no es relevante –y es muy importante que no sea relevante– cuál de estas dos causas ha llevado a que el estaño sea más escaso. Lo único que precisan saber los usuarios de estaño es que parte del estaño que solían consumir se está utilizando ahora de una forma más rentable en otro lugar y que, por consiguiente, deben realizar un uso más económico del mismo. La gran mayoría de ellos ni siquiera necesitan saber dónde ha surgido la necesidad más apremiante, o en favor de qué otras necesidades deberían administrar la oferta. Si solamente algunos de ellos tienen conocimiento directo de la nueva demanda, y desplazan recursos hacia la misma, y si la gente que se da cuenta del nuevo vacío así creado lo llena a su vez con otras fuentes, el efecto se extenderá rápidamente por todo el sistema económico e influirá no sólo en todos los usos del estaño sino también en los de sus sustitutos y en los sustitutos de estos sustitutos, en la oferta de todas las cosas hechas con estaño, y sus sustitutos, y así sucesivamente. Todo esto ocurrirá sin que la gran mayoría de los que tienen un papel decisivo en estas sustituciones tengan la más mínima idea de la causa original de estos cambios. El conjunto funciona como un mercado, no porque alguno de sus miembros analice todo el campo, sino porque sus limitados campos de visión individuales se solapan suficientemente, con lo que la información relevante se transmite a todos a través de muchos intermediarios. El simple hecho de que haya un precio para cada mercancía –o, más bien, que los precios locales estén conectados de una

manera determinada por los costes de transporte, etc.– lleva a la solución a la que (esto sólo es posible conceptualmente) podría haber llegado una única mente que poseyera toda la información que, en realidad, está dise-
minada entre toda la gente involucrada en el proceso.

VI

Si queremos comprender la verdadera función del sistema de precios –una función que, por supuesto, se realiza de forma menos perfecta cuando los precios se vuelven más rígidos–, debemos considerarlo como un mecanismo de transmisión de información. (Sin embargo, incluso cuando los precios fijados se hubieran vuelto bastante rígidos, las fuerzas que actuarían vía cambios en los precios operarían en gran parte todavía a través de cambios en las demás condiciones del contrato). El hecho más importante relacionado con este sistema es la economía con la que opera en lo que se refiere al conocimiento, o lo poco que necesitan saber los participantes individuales para poder tomar la decisión correcta. En resumen, mediante una especie de símbolo, sólo se pasa la información más esencial y se pasa sólo a quienes les concierne. Es más que una metáfora el describir el sistema de precios como una especie de maquinaria para registrar el cambio, o un sistema de telecomunicaciones que permite que los productores individuales observen solamente el movimiento de unos pocos indicadores, de la misma forma que un ingeniero podría observar las agujas de unos pocos medidores, para ajustar sus actividades a cambios acerca de los cuales puede que nunca sepan más que lo que se refleja en el movimiento de los precios.

Por supuesto, es probable que estos ajustes no sean nunca “perfectos” en el sentido en el que el economista los concibe en su análisis del equilibrio. Pero temo que nuestros hábitos teóricos respecto a abordar el problema con el supuesto de conocimiento más o menos perfecto por parte de casi todos nos ha, en cierto modo, cegado en la que se refiere a la verdadera función del mecanismo de precios y nos ha llevado a aplicar estándares bastante engañosos a la hora de juzgar su eficiencia. La maravilla ocurre cuando, en un caso tal como el de la escasez de una materia prima, sin que se haya dictado ninguna orden, en el que tal vez sólo un puñado de gente sabía la causa, decenas de miles de personas, cuya identidad no podría determinarse en meses de investigación, se las arreglan para utilizar la materia prima o sus productos de una forma más moderada; *i.e.*, moviéndose en la dirección correcta. Esto sería ya de por sí una maravilla, incluso si, en un mundo que cambia constantemente, no todo cuadrara tan perfectamente de tal manera que sus tasas de beneficio se mantuvieran siempre al mismo nivel constante o “normal”.

He utilizado de forma deliberada el término “maravilla” para que el lector abandone la complacencia con la que a menudo damos por sentado el funcionamiento de este mecanismo. Estoy convencido de que si este fuera el resultado de un diseño humano deliberado, y si la gente guiada por los cambios de los precios comprendiera que sus decisiones tienen trascendencia mucho más allá de su objetivo inmediato, este mecanismo habría sido aclamado como uno de los mayores triunfos de la mente humana. Su

desventura es doble, ya que no es el producto del diseño humano y, generalmente, las personas guiadas por el mismo no conocen la causa que las lleva a hacer lo que hacen. Ahora bien, aquellos que claman por una “dirección consciente” –y que no pueden creer que algo que ha evolucionado sin ser diseñado (e incluso sin que lo comprendiéramos) pueda resolver problemas que no seríamos capaces de resolver conscientemente– deberían recordar lo siguiente: el problema está precisamente en cómo ampliar el ámbito de nuestra utilización de los recursos más allá del ámbito de control de cualquier mente individual; y, consecuentemente, en cómo prescindir de la necesidad de un control consciente, y en cómo proporcionar incentivos que lleven a los individuos a realizar lo que sea conveniente sin que nadie tenga que decirles lo que tienen que hacer.

El problema al que nos enfrentamos aquí no es en modo alguno un problema peculiar de la economía, sino que surge en relación con casi todos los fenómenos realmente sociales, con el lenguaje y con la mayor parte de nuestra herencia cultural, y constituye realmente el problema teórico central de toda la ciencia social. Tal como Alfred Whitehead ha señalado en otro contexto, “es un tópico profundamente erróneo, repetido por todos los manuales y por personas eminentes cuando pronuncian un discurso, que deberíamos cultivar el hábito de pensar lo que estamos haciendo. Lo que ocurre es justamente lo contrario. La civilización avanza ampliando la cantidad de operaciones importantes que podemos realizar sin reflexionar sobre las mismas”. Esto tiene una gran importancia en el campo social. Utilizamos continuamente fórmulas, símbolos y reglas cuyo significado no comprendemos y, mediante dicha utilización, nos aprovechamos de la ayuda de conocimiento que no poseemos individualmente. Hemos desarrollado estas prácticas e instituciones construyendo sobre la base de hábitos e instituciones que han tenido éxito en su propia esfera y que, a su vez, se han convertido en la base de la civilización que hemos construido.

El sistema de precios es justamente una de esas formaciones que el hombre ha aprendido a utilizar (aunque todavía está muy lejos de haber aprendido a realizar el mejor uso de la misma) tras haberse encontrado con ella sin entenderla. Con ella ha sido posible no sólo la división del trabajo sino también la utilización coordinada de los recursos basada en un conocimiento dividido en partes iguales. Los que se burlan de la idea de que esto pueda ser así tergiversan normalmente el razonamiento insinuando que con el mismo se afirma que, por algún milagro, ha surgido de forma espontánea precisamente este tipo de sistema que se adapta tan bien a la civilización moderna. Lo que ocurre es exactamente lo contrario: el hombre ha sido capaz de desarrollar la división del trabajo en la que se basa nuestra civilización porque tropezó casualmente con un método que la hizo posible. De no haber sido así, podría haber desarrollado otro tipo de civilización totalmente diferente, algo así como el “estado” de las hormigas termitas, o algún otro de un tipo totalmente inimaginable. Lo único que podemos decir es que nadie ha tenido éxito todavía a la hora de diseñar un sistema alternativo en el que se puedan preservar ciertos rasgos del existente, que son estimados incluso por aquellos que lo atacan con mayor virulencia –rasgos tales como, en especial, la amplitud con la que el individuo puede elegir sus objetivos y, por consiguiente, utilizar libremente sus propios conocimientos y habilidades–.

VII

En muchos sentidos, es una suerte que el debate sobre el carácter imprescindible del sistema de precios para todo cálculo racional en una sociedad compleja ya no se desarrolle ahora totalmente entre campos que mantienen opiniones políticas diferentes. La tesis de que sin el sistema de precios no podríamos preservar una sociedad basada en una división del trabajo tan amplia como la nuestra fue recibida con burlas cuando fue propuesta por primera vez por Von Mises hace veinticinco años. Las dificultades con las que todavía se encuentran algunos en la actualidad para aceptarla no son ya principalmente políticas, y esto contribuye a un clima mucho más propicio para un debate razonable. Cuando nos encontramos con que León Trotsky señala que "el cálculo económico es inconcebible sin relaciones de mercado"; cuando el profesor Oscar Lange promete una estatua al profesor Von Mises en los vestíbulos de mármol del futuro Consejo de Planificación Central; y cuando el profesor Abba P. Lerner redescubre a Adam Smith y resalta que la utilidad esencial del sistema de precios está en que induce al individuo a hacer lo que es de interés general mientras persigue su propio interés, las diferencias ya no se pueden atribuir realmente a prejuicios políticos. Las discrepancias restantes parecen deberse claramente a diferencias puramente intelectuales y, más específicamente, a diferencias metodológicas.

Una afirmación reciente del profesor Joseph Schumpeter en su *Capitalismo, socialismo, y democracia* proporciona un claro ejemplo de una de las diferencias metodológicas a las que me estoy refiriendo. Su autor goza de una posición preeminente entre aquellos economistas que abordan los fenómenos económicos a la luz de cierta rama del positivismo. Consecuentemente, a su juicio, estos fenómenos se presentan en forma de cantidades de mercancías dadas objetivamente que se relacionan directamente, al parecer casi sin intervención de las mentes humanas. Sólo en este contexto puedo justificar la siguiente (para mí sorprendente) declaración. El profesor Schumpeter sostiene que, para el teórico, la posibilidad de un cálculo racional en ausencia de mercados para los factores de producción se deduce "de la proposición elemental de que los consumidores al valorar ('demandar') los bienes de consumo valoran también *ipso facto* los medios de producción que intervienen en la producción de dichos bienes"¹.

(1) Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy*, Harper, Nueva York, 1942, p. 175. Creo que el profesor Schumpeter es también el autor original del mito de que Pareto y Barone han "resuelto" el problema del cálculo socialista. Lo que ellos, y muchos otros, hicieron fue simplemente establecer las condiciones que tendría que satisfacer una asignación racional de los recursos y señalar que eran en esencia las mismas que las condiciones de equilibrio de un mercado competitivo. Esto es algo totalmente diferente de demostrar cómo se puede encontrar en la práctica la asignación de recursos que satisfaga dichas condiciones. El propio Pareto (del que Barone ha tomado prácticamente todo lo que ha dicho), lejos de reivindicar el haber resuelto el problema práctico, de hecho niega explícitamente que se pueda resolver sin la ayuda del mercado. Véase su *Manuel d'économie pure* (2ª ed., 1927), pp. 233-34. El pasaje relevante se cita en una traducción inglesa al principio de mi artículo sobre "Socialist Calculation: The Competitive 'Solution'", *Economica*, Nueva Serie, vol. 8, n° 26, mayo, 1940, p. 125.

Tomada al pie de la letra, esta afirmación es, sencillamente, falsa. Los consumidores no hacen nada de esto. Lo que probablemente quiere decir el profesor Schumpeter con "*ipso facto*" es que la valoración de los factores de producción viene implicada en, o se deduce necesariamente de, la valoración de los bienes de consumo. Pero esto tampoco es correcto. La implicación es una relación lógica que sólo se puede afirmar significativamente de proposiciones presentes simultáneamente en una y la misma mente. Sin embargo, es evidente que los valores de los factores de producción no dependen únicamente de la valoración de los bienes de consumo sino también de las condiciones de oferta de los diversos factores de producción. La respuesta se deduciría necesariamente de los hechos dados a una mente sólo en el caso de que la misma tuviera conocimiento simultáneo de todos estos hechos. Sin embargo, el problema práctico surge precisamente porque estos hechos no se dan nunca de esa forma a una única mente y porque, en consecuencia, a la hora de resolver el problema es necesario utilizar conocimiento que está diseminado entre mucha gente.

Por lo tanto, el problema no está resuelto en modo alguno si podemos demostrar que todos los hechos, *si* fueran conocidos por una única mente (tal como suponemos hipotéticamente que se dan al economista que los observa), determinarían de forma única la solución; debemos demostrar, en cambio, que se produce una solución mediante las interacciones de personas cada una de las cuales sólo posee un conocimiento parcial. Suponer que todo el conocimiento está dado a una mente única, en el mismo sentido en el que suponemos que se nos da como economistas que elaboramos explicaciones, es suponer que el problema no existe y despreciar todo lo que es importante y significativo en el mundo real.

El que un economista de la talla del profesor Schumpeter haya caído así en la trampa que la ambigüedad del término "dato" tiende al desprecenido difícilmente se puede explicar en clave de un simple error. Sugiere más bien que hay algo fundamentalmente erróneo en una aproximación que normalmente desprecia una parte esencial de los fenómenos que tenemos que considerar: la inevitable imperfección del conocimiento humano y la consiguiente necesidad de contar con un proceso mediante el cual se adquiriera y comunique constantemente el conocimiento. Cualquier aproximación, tal como la de gran parte de la economía matemática con sus ecuaciones simultáneas, que en realidad parte del supuesto de que el *conocimiento* de la gente concuerda con los *hechos* objetivos de la situación, excluye sistemáticamente lo que tenemos que explicar. Nada más lejos de mi intención que negar que el análisis del equilibrio tenga una función útil que desempeñar en nuestro sistema. Pero cuando llega hasta el punto de que induce a error a algunos de nuestros pensadores punteros, en el sentido de llevarles a creer que la situación que describe tiene relación directa con la solución de los problemas prácticos, es hora de que recordemos que no se ocupa del proceso social en absoluto y que no es más que un útil prolegómeno para el estudio del problema principal.

ABSTRACT

The peculiar character of the problem of a rational economic order is determined precisely by the fact that the knowledge of circumstances of which we must make use never exists in concentrated or integrated form, but solely as the dispersed bits of incomplete and frequently contradictory knowledge which all the separate individuals possess. The economic problem of society is thus not merely a problem of how to allocate "given" resources –if "given" is taken to mean given to a single mind which deliberately solves the problem set by these "data". It is rather a problem of how to secure the best use of resources known to any members of society, for ends whose relative importance only these individuals know. Or, to put it briefly, it is a problem of the utilization of knowledge not given to anyone in its totality.

Key words: Hayek, knowledge, rational economic order, central planning, price system, mechanism, information.

